



TIEMPO DE MEMORIA

Victoria Combalía Dexeus

VER PARA VIVIR

Memorias

TUSQUETS
EDITORES

VICTORIA COMBALÍA DEXEUS
VER PARA VIVIR
Memorias

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2024

© Victoria Combalía Dexeus, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-473-5
Depósito legal: B. 6.079-2024
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Prólogo	13
Una niña burguesa	
Nacida un 8 de marzo	17
Dos familias muy distintas	23
Las dos Rosas	37
Una vida acomodada	41
La guerra de mis padres	52
El paraíso: Tossa de Mar	65
Vacas y quesos: Suiza	69
Crisis familiares	72
La escuela Betania	74
En Castilla	84
Años de ruptura y formación	
La Autónoma, primeros setenta	89
Sexo y feminismos	109
Una casa heterodoxa: la calle Génova	116
Viajes: europeos, exóticos y accidentados	
Londres, <i>underground</i> , pero no tanto	129
México	134
Espía en Yugoslavia	138
Un bikini en Afganistán	140
Rusia (sin Malévich)	148
Madrid	151

Pobres, pero felices, en París	155
Nueva York	165
Felices veranos	187
Escribir, enseñar, participar	
La crítica de arte	195
Los Encuentros de Pamplona	202
La Documenta de 1972	204
Enseñar: Bellas Artes	207
EINA	213
El arte conceptual	216
La Fundació Miró	231
Revistas, galerías, polémicas.	237
Las Semanas Catalanas de Berlín.	247
La vida artística de los años ochenta	253
Una Barcelona dinámica	262
El homenaje a Cravan y la peluca de Warhol	266
La colección Thyssen.	270
El contexto artístico: galerías, iniciativas	272
El polémico MACBA	281
La Movida madrileña.	284
Veranos y viajes	289
Vida profesional.	296
Algunos artistas	322
Epílogo	331
<i>[Fotografías]</i>	<i>[192-193 y 288-289]</i>

Nacida un 8 de marzo

«¡Mamá!, ¡mamá!» «¡Mamá!, ¡mamá!» Yo debía de tener unos tres o cuatro años y estaba enferma, en la cama, tal vez con anginas. Intentaba llamar a mi madre, pero mi débil vocecita no parecía llegar a nadie. «¡Mamá!, ¡mamá!» «¡Mamá!, ¡mamá!» Entonces vivíamos en la calle Muntaner 444, en un piso burgués del que no guardo más que este recuerdo. Mi madre debía de estar jugando al bridge o a la canasta en el salón. No me oía o estaba demasiado interesada en las cartas y en sus amigas. Ello sería un clásico en los años venideros. O hacía caso omiso de mis verdaderos problemas, o controlaba con mano férrea cualquier movimiento por mi parte. Pero entonces yo solo tenía tres o cuatro años y, aunque tampoco sé por qué, a los tres me llevaron al Instituto de Puericultura, hoy Centro Cultural Villa Florida. Iba allí de diez de la mañana a cinco de la tarde y parece ser que lo hacía contentísima. ¿Por qué me llevaron siendo tan pequeña? Ni mi madre trabajaba, ni les faltaba el dinero para pagar a una tata: ¿tal vez fuera a causa de una mudanza? En todo caso, no conservo recuerdos de aquel lugar, una bonita torre ochocentista que poseía un jardín y que estaba a tan solo dos minutos de casa.

Yo era una niña de gordos mofletes y trencitas enroscadas a cada lado. Así se me ve en una foto en la que estoy peinando a una de mis muñecas. No es casualidad, me parece, que el fotógrafo captara ya un rasgo de mi carácter: a mis tres años estaba allí trabajando más que jugando, y en mi gesto decidido me asemejo más a una peluquera profesional que a una

inocente niña. Supongo que intentaba dar otro aspecto al peinado de la muñeca —siempre queriendo cambiar las cosas—, aunque la pobre no sé si mejoró: vista hoy en esta extraordinaria fotografía, me da cierta pena, con sus bracitos de cartón completamente rígidos y su imposibilidad de queja ante mi acción tan decidida y enérgica. Pero yo no era una niña trabajadora por obligación, sino por devoción o por predisposición innata, pues en realidad era una niña burguesa, como atestigua el precioso vestido que llevo por atuendo. Los moñitos o trenchitas enroscadas me los había hecho mi abuela, Montserrat Trias de Bes, una señora robusta, muy simpática, muy sociable y muy católica. Yo había nacido en el número 8 de la calle Bigay de Barcelona, que luego cambió de número, en el barrio barcelonés de San Gervasio. Nací el 8 de marzo de 1952, una fecha que, ¡oh, azar objetivo!, había de convertirse, con la democracia, en el día de la Mujer Trabajadora.

En esta fotografía ya estoy regordeta porque me habían dado un famoso reconstituyente tras un episodio en el que estuve a punto de irme al otro mundo. A los dos meses de edad, y para desespero de mis progenitores, vomitaba toda la leche que me daban en el biberón. Estaba destinada a morirme, pero les hablaron a mis padres de un medicamento maravilloso, Nestargel, que solo existía en Suiza y que tenía la facultad de solidificar los alimentos una vez ingeridos. Así que no me morí. Y una vez pasado el susto y como estaba muy flacucha, me dieron un reconstituyente para que engordara, de cuyos buenos resultados aún me estoy resintiendo.

De la relación con mi madre, que como no podía ser de otro modo ha ocupado muchas sesiones con psicólogas, podría traer a colación una cartita escrita con bolígrafo rojo que acabo de encontrar. Dice así:

Queridísima y simpática Mamá:

¿Vas a salir a la calle hoy? Si sales (por favor) nos gustaría mucho a la (*sic*) Elena y a mí que nos compraras unas cuerdas. Aunque sean sencillas, larguitas y baratas nos es igual, pero la

cuestión es que tengamos algo que (*sic*) distraernos, pues perdimos las que teníamos. Ahora te pedimos unas y si nos las das, no te daremos guerra y jugaremos tranquilas. Con un cordel nos va muy mal (si no lo preguntas a Carmen) y nos harías un favor si nos comprases unas cuerdas. Elena está de acuerdo conmigo y quiere saltar. Ya nos sacaremos los zapatos y saltaremos en calcetines (si tú quieres) para no hacer ruido en el piso de abajo. Te agradeceríamos que nos hicieras este favor. Se despide con besitos y cariños,

Vicky Elena

El nombre de Elena está escrito como cuando uno empieza a aprender a escribir las letras, así que ella —mi hermana menor— debía de tener unos tres o cuatro años y yo unos siete.

Me bautizaron en la iglesia de la Bonanova, la del barrio, que había sido quemada durante la guerra y reconstruida después. Los nombres que me impusieron fueron Victoria, Elena y Beatriz. Victoria no por ningún recuerdo a la victoria de Franco, como me dijo en una ocasión un amigo con malevolencia, sino por mi bisabuela paterna Victoria Font, de quien conservo una fotografía. El bautizo fue triste porque mi abuela Montserrat había estado enferma de gravedad ocho días antes de nacer yo. Yo pesaba menos de tres kilos y nací bajo el signo de Piscis, del que se dice que es el de los sensibles y los dedicados al arte. Así que debía de tener de entrada una predisposición natural hacia lo estético y hacia la imaginación. Era vivaracha y alegre y diablillo a más no poder; como era muy bajita —«media ración», me llamaba mi padre— hacía reír el hecho de que sin haber cumplido un año de vida ya me sostuviera sola. Hablaba como una cotorra a los diecinueve meses y comía sola, pero me costaba mucho dormirme (ay, como ahora).

Era muy cariñosa, escribió mi madre en el precioso *Libro de mi peque*, que conservo, y añade que cuando comprendía que había hecho un «feo» a alguien, después, para arreglarlo, decía «guapo, fino, mono...», y que no sabían de dónde había sacado yo aquella expresión. Entonces tuve a la tata Milagros, que después de servir en nuestra casa entró como monja en el monasterio de las clarisas con el nombre de sor María de los Ángeles. Sé que me quiso mucho y me puso el apelativo de «pingüino», no sé en virtud de qué, pero sí sé que era la persona más buena y cariñosa que podía haber tenido como cuidadora. Por su parte, mi madre escribió bajo unas fotos horrendas de aquel álbum de infancia: «eras feíta, pero graciosa». ¡Habrase visto!

También hablaba de mi carácter: «es muy traviesa pero cariñosa en extremo». Sin embargo, parece que al ir invitada a jugar con los primos Dexeus —Ana y Santi, o bien Clara y Carlos— me portaba muy bien. Íbamos también a jugar al jardín de la clínica de mi abuelo Santiago Dexeus, en la avenida del Tibidabo, que nos encantaba. Era una gran torre con un jardín bastante oscuro y disponía de una capilla a la que íbamos a la misa del Gallo cada Navidad, y también el Domingo de Ramos, cada niña con su enorme palma y mis primos con su palmón, en una especie de procesión encabezada por un monaguillo y terminada por un coro de monjas. De mi palma, como de las otras, colgaban unos estupendos rosarios de azúcar rosa y blancos, cuyas cuentas no llegaban en mi caso ni a la puerta de la iglesia porque ya me las había comido en la rampa de bajada.

En el colegio Andersen, una bonita torre en la calle Anglí 71, tenía afición a cantar y a recitar, y en la ficha técnica de mis cinco años se lee: «Por lo simpática y comunicativa que es se conquistó enseguida el afecto de sus compañeros. Se expresa de forma extraordinariamente clara y precisa. Muy alegre, pícaro y activa. Es atenta, obediente, ordenada y limpia. (...) Sus movimientos son ágiles y ligeros».

Andersen era un colegio sumamente adelantado y moderno para la época en que yo entré, supongo que a los cuatro años, en 1956. Si se repasa a los padres que enviaron allí a sus hijos se descubre que pertenecían a la burguesía catalana liberal, no franquista, y que solían ser abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, a los que les interesaba la cultura y una educación no laica (entonces era imposible, salvo en el Liceo Francés y pocas escuelas más), pero al menos no regentada por religiosos. Niños y niñas íbamos juntos y se daba mucha importancia a las manualidades, a la redacción, a los actos culturales, a la música y a las fiestas. Recuerdo que simulábamos estar enfermos para ir a ver a un profesor llamado señor Olivé, que tenía un bote con anises que nos regalaba con sus mejores deseos de que «nos curáramos». Aprendí a leer a los cinco años y desde entonces no he parado: es una de las actividades que más me gusta hacer en la vida y siempre recuerdo el precepto de mi abuelo Santiago: «Ay, Vicky, mucha gente te decepcionará, pero un buen libro nunca decepciona». Y tenía razón. En realidad, durante mi infancia, los libros fueron mi refugio cuando algo no me gustaba. Leía y leía, *Cuchifritín y sus hermanos*, *Los siete secretos*, *Las aventuras de Guillermo*, *Tintín*, que me apasionaba, y en la adolescencia todo lo que cayera en mis manos. Cuando había problemas en casa me refugiaba en mis libros, los libros fueron mi protección mental, mi particular cabaña como aquellas en las que los niños se esconden para estar solos y tranquilos. La directora del colegio Andersen se llamaba Ángeles Chaberrí y de mis compañeros recuerdo a Margarita Sentís, Toni Arderíu, José María Beleta, una niña Cartañá, una niña Vergés, y a mis parientes los Planas Combalía o los Tusquets Trias de Bes.

Nos leían fragmentos del *Quijote* que luego nos hacían dibujar. Margarita Sentís, mi vecina de pupitre, siempre me pedía que yo le hiciera los dibujos, porque yo dibujaba muy bien. También nos leían poesía y nos hacían ya redactar pequeños poemas o pequeños textos literarios; en todo caso, se abría la vía a la creación artística. En un precioso cuaderno

que nos regalaban al final de curso con nuestros dibujos y breves textos aparece uno así, escrito a mis cinco años: «avía (*sic*) una vez un pez que quería salir del mar porque quería ver lo que pasava (*sic*) en la tierra». Pero mi sentido de la realidad ya aparecía porque el texto finalizaba lógica y dramáticamente: «el pez por salir se murió (*sic*) FIN».

Leíamos *Platero y yo* («Platero es pequeño, peludo, suave...») y recitábamos poemas de Joan Maragall; un día nos vinieron a visitar dos hijas del poeta. Quizás fue un año dedicado al poeta, pues cada año se estudiaba la figura de un creador, y colocaban una larguísima franja de papel horizontal sobre la parte baja de la fachada, subdividida en cuadraditos, en donde cada alumno pintaba algo relacionado con el personaje del año. Aquello me encantaba: ¡¡¡pintar en una pared!!!

En Navidad se celebraba una fiesta, y varias funciones teatrales, alguna en el patio y otras en un estrado: en una aparezco disfrazada de conejo, un conejo muy curioso porque en esa época, desde que me descubrieron un ligero estrabismo, llevaba gafas. Llevábamos unos delantales con el emblema del colegio: un soldadito dentro de un barco de papel, símbolo del cuento de Hans Christian Andersen. Preocupados por la salud y la vida al aire libre, como el colegio tenía un jardín, hacíamos la siesta echados en una tumbona y tapados con una mantita para no pasar frío. Sin embargo, a quien hablara le decían: «No hables, que, si no, ¡te tapo de cabeza!», y como yo hablaba, las tapadas de cabeza se hallan sin duda en el origen de mi gran claustrofobia.

Dos familias muy distintas

Procedo de dos familias muy catalanas pero a la vez completamente distintas de talante, de manera de ser y de actuar. Muy diferentes también físicamente. La familia materna, los Dexeus, eran y son delgados, de rasgos angulosos y son muy rápidos, cosmopolitas, con un sentido del humor ligeramente ácido que no todos comprenden o aceptan, una gran exigencia en el trabajo y muy dados a ir a la suya. Esto no excluye una inclinación a ayudar a los demás, a empatizar, como se dice hoy en día, y a preocuparnos por los pequeños problemas no solo de nuestros allegados más próximos, sino también de aquellos que trabajan para nosotros o los pacientes, en el caso de la vertiente médica de la familia. Por el lado Dexeus somos desprendidos, y por el lado femenino, había una ligera tendencia a ser manirrota por parte de mi madre y de mi tía.

La familia Dexeus giraba en torno a mi abuelo Santiago, figura esencial en mi vida porque lo admiraba muchísimo y porque tenía, ciertamente, un carisma especial. Siempre recordaré la ocasión en que fui a hacerle una visita a la clínica de la avenida del Tibidabo, un día de primavera. Yo debía de tener quince o dieciséis años, veía a mi abuelo muy mayor. Sentado a la mesa de su despacho, miró hacia la ventana y me dijo: «¿Lo ves, Vicky?, es primavera, brilla el sol, cantan los pájaros, es maravilloso, no hay que pedirle nada más a la vida». Cierta *joie de vivre* inspiró su vida, unas ganas de disfrutar, las mismas que tenía mi madre. Muchas veces he pen-

sado, en momentos de tristeza, en esta frase, casi budista, de aceptar la belleza de lo aparentemente nimio y cotidiano, y sin embargo radiante.

Este nombre nuestro tan curioso, Dexeus, procede, según el filólogo Francesc Moll, de Francia, y derivaría de «*des jeux*» (juegos), aunque Pere Vilà opina que procedemos del Pallars Subirà, porque existe un lago llamado Aixeus. Quién sabe. Según las memorias de mi tío Josep Maria, el primer antecesor con datos comprobables fue Rafel Dexeus i Fornés. Su hijo Rafel Dexeus i Barceló fue un marinero que se casó en Vilanova i la Geltrú el 15 de julio de 1784 con Josepa Bertrán i Pagarolas, hija del patrón de su barco. Así que por este lado se remontan al siglo XVIII. Una parte de la familia se trasladó a Tarragona (en donde aún hay apellidos Dexeus), mientras que mi bisabuelo se vino a Barcelona a estudiar medicina. Se casó con Victoria Font, en honor de la cual, como he dicho, yo llevo el nombre. El bisabuelo, Josep Maria Dexeus Bové (1856-1933), era un médico de cabecera que llegó a jefe del Dispensario Municipal en la calle del Roser, una travesía del Paralelo. Una fotografía lo muestra con aire feliz y mirada irónica. Tuvo dos hijos varones, Josep y Santiago, mi abuelo, a los cuales solía repetir que antes de ser un médico adocenado mejor dedicarse a otra cosa. Y dos hijas, Rosita, que se casó con Ricardo Carreras, y Lolita, casada con Joan Sardà. Josep dejó la medicina por motivos de salud y mi abuelo llegó a ser un ginecólogo de gran renombre, que contribuyó a renovar la obstetricia y la ginecología catalanas.

Mi abuelo Santiago Dexeus Font se hizo famoso por combatir el dicho bíblico de «parirás con dolor». Preconizó que la parturienta diera a luz en un hospital, con todas las garantías de higiene y de equipos especializados. Mi madre, que era muy católica y conservadora en muchas de sus costumbres, me contaba de pequeña que los sacerdotes, hacia 1923, decían desde el púlpito: «¡No vayan al doctor Dexeus!, ¡no vayan al doctor Dexeus, es pecado!». Sea cierto o no, mi abuelo fue un rompedor, un avanzado para la época. En 1931 publicó un li-

brito, *Nociones de maternología*, en cuyo primer capítulo ya explica la importancia de la higiene y de la asepsia, dado que hasta hacía poco los médicos, al no lavarse las manos, transmitían virus a las parturientas y estas morían por la llamada infección puerperal (creo que fue el primero en España en hablar de ello). Acompañado de deliciosos dibujos, explicaba el proceso del embarazo, el parto, la lactancia, cómo cobrar el subsidio por hijo y la injusticia de que la madre, si el hijo nacía muerto, no cobrara nada. En el capítulo final apostillaba: «Hay un factor sin el cual son letra muerta las disposiciones legislativas y las prescripciones médicas. Me refiero al factor cultura». Quería decir con ello que él aún había visto en su Dispensario de la Obra Maternal a pacientes que se mostraban atónitas cuando se les pedía que subiesen a la mesa de reconocimiento, alegando que a su madre no se le había hecho hacer nada de todo eso. Pues aún eran muchas las mujeres que no querían ir a la consulta del médico durante su embarazo.

Fundó la Clínica Mater en 1935, en la avenida del Tibidabo de Barcelona, que pasó a llamarse Dexeus después de la Guerra Civil, y que se cerró en 1973 cuando se construyó el primer Instituto Dexeus en el Paseo de la Bonanova. Allí nacieron catorce mil catalanes. Mi abuelo también luchó denodadamente por superar el uso del muy peligroso cloroformo y pasar a la anestesia epidural, que era eficaz y segura; todo ello, obviamente, para evitar dolor a la mujer que iba a dar a luz. Participó en la creación del Institut de la Dona que Treballa —subvencionado por la Obra Social de la Caja de Pensiones de Barcelona, lo que luego sería La Caixa—, luego llamada Santa Madrona, la primera obra catalana de protección médico-social para la mujer embarazada. Fue director de la Maternidad desde 1947 hasta su jubilación en 1967, y mi madre siempre contaba que cuando llegó al cargo se asombró y escandalizó al ver las escasas raciones alimenticias que se daban a las madres, la mayoría solteras o sin recursos económicos.

Mi abuelo era compañero de carrera de mi tío abuelo Lluís Trias de Bes, y así es como conoció a mi abuela Mont-

serrat. Todos creemos que, deslumbrado por la familia Trias de Bes y por las grandes virtudes de mi abuela Montserrat, abandonó a otra novia y se casó con mi abuela en 1921, y fueron a pasar la luna de miel a la casa de campo que la familia Trias tenía en Llerona. Muy poco exótico, pero entonces así eran las cosas, y sobre todo para un joven médico que había de atender partos en mitad de la noche. Por eso desde muy pronto tuvieron un chófer, precisamente para llegar a tiempo a los partos en los domicilios. Una noche el coche fue atracado y el chófer de entonces, Francisco, le dijo a mi abuela: «Señora, yo no volveré, porque aquí nos jugamos el tipo».

Mi madre, Montserrat Dexeus, nació en 1922 y por eso aún recordaba la Exposición Internacional de 1929 en Barcelona. «Sí», me decía, «nos llevó nuestro padre; era todo muy moderno, me impresionó mucho, especialmente las fuentes de colores.» Primero vivieron en la Diagonal 347, luego en la calle Lauria con la Diagonal, más tarde en el Paseo de Gracia esquina Mallorca, de donde más tarde se fueron, según mi abuelo, porque la calefacción era insuficiente (el miedo a pasar frío es algo que ha quedado en toda la familia), a la calle Muntaner, a un doble piso, uno para la vivienda y otro para la consulta médica, y por fin a la Vía Augusta, tocando a la plaza Molina. A la Vía Augusta yo iba de joven a ganar unas pesetillas ayudando a María Rosselló, que llevaba la gerencia de la consulta, a pasar a limpio las fichas de las pacientes.

Mi abuelo pronto ganó clientela y fama, porque su maestro, el doctor Roig i Raventós, decidió dedicarse a la pediatría y pasó numerosas pacientes a su discípulo. Al parecer mi abuelo era un gran experto en el uso del fórceps porque era ambidextro, tenía mucha fuerza en los brazos y unas manos muy hábiles. De ahí que cuando en su vejez le empezaron a temblar por la enfermedad de Parkinson que sufría, decidiera dejar la medicina y devolver su carnet de académico, para que pudiera sustituirle alguien más joven, un gesto que ya explica el carácter sobrio y honrado a carta cabal de mi abuelo.

Mi madre y mi tío Josep Maria fueron alumnos del colegio Blanquerna, la escuela más moderna del momento, dirigida por el pedagogo Alexandre Galí. Cuando yo me las tenía con mi madre por su conservadurismo, muchas veces le espetaba: «Pero mamá, si tú fuiste al Blanquerna», como queriendo decir: «Cómo se puede ser así habiendo recibido la educación más progresista del momento». Porque el Blanquerna se regía por el sistema Montessori y se creó con una mutua de padres constituidos en cooperativa, que aportaron cada uno una cuota de doscientas cincuenta pesetas. El ideario promovía que el niño formara su propia personalidad inculcando a los alumnos, más que disciplina, respeto. La escuela fue cerrada por las autoridades franquistas en 1939 y el edificio racionalista de la Vía Augusta se convirtió en el Instituto Menéndez y Pelayo. Mi abuelo también quiso que sus hijos aprendieran idiomas, y así en su casa se hablaba catalán y castellano, y se aprendía también francés y, con una *Fräulein*, alemán.

De los Dexeus me encantaban dos primas de mi madre, hijas de Josep Dexeus Font, que vivían juntas y que tenían el título de bibliotecarias. Eran Jose (Josefina) y Mary. Jose se había casado con un griego, Cristian Pantazios, de quien se separó enseguida, y nunca volvió a casarse. Tenía un tipo perfecto, era alta, delgada y bien proporcionada, de hecho, parecía una actriz de cine de los años treinta, con unos ojos verdes bellísimos. Era vegetariana y muy catalanista y en alguna ocasión, incluso a mis veinte años, a una edad en la que por regla general no apetecen las visitas a los parientes (aunque siempre me han atraído los personajes «diferentes»), le iba a hacer cortas visitas porque me ofrecían un té con extraños pastelillos o galletas de gustos exóticos, todo ello ambientado en un catalán elegantísimo, muy gutural y que a mí me parecía perfecto. También me encantaba la tía Lolita (a la que llamábamos «Solete»), la otra hermana de mi abuelo Santiago Dexeus, la persona más discreta, dulce y callada de toda la familia. La tía Lolita se casó con Joan Sardà, hermano de la hoy famosa «Nena Sardà» retratada por Ramón Casas.

Otro primo de mi madre por parte Dexeus era Josep (Jep) Carreras Dexeus (1906-1982), que fue pionero de la aviación en Cataluña. Se había casado con Pepa Colomer i Luque, primera aviadora catalana, socia fundadora de la Unión de Pilotos Civiles de Cataluña. Durante la guerra Pepa realizó vuelos de enlace en el bando republicano y se casó con Josep en Toulouse, en 1939, ya exiliados ambos.

Josep era hijo de Ricard Carreras i Valls, propietario del Mas de Valls, cerca de Reus, adonde fuimos de visita cuando éramos pequeñas y que a mí me entusiasmó, porque a cada paso se encontraban, entre los almendros y los pinos, monedas romanas (creo que en mi niñez me hubiera gustado ser arqueóloga). Este Ricard Carreras, casado con Rosita Dexeus y por lo tanto tío de mi madre, llevaba la contraria a todo el mundo en las comidas familiares y, según las memorias de mi tío Josep Maria, era un hombre singular, gran viajero, creador de negocios que luego dejaba a sus empleados, una práctica muy poco usual, todo hay que reconocerlo. Pero no solo eso, publicó un libro titulado *Al marge del Sahara. Impressions d'un viatge al Senegal, Gàmbia, Guinea, Sudan i Mauritània* (Kora, 1926), con acuarelas de su hijo Miquel Carreras i Dexeus, y otro, que aún conservo, titulado *Los catalanes Juan Cabot y Cristóbal Colón. La verdad sobre el descubrimiento de América* (Imprenta Altés, 1931), en donde daba argumentos para probar la catalanidad de Cristóbal Colón.

Como piloto de guerra del bando republicano, Jep Carreras hubo de trasladar durante la Guerra Civil a diferentes personajes de la cúpula militar republicana en misiones de alto secreto. En enero de 1939 transportó a muchos cargos al exilio, y él y su mujer, como he dicho, también tuvieron que exiliarse tras la victoria franquista. Entonces se alistó en la RAF (Royal Air Force) y, entre otras muchas operaciones de riesgo durante la Segunda Guerra Mundial, se cuenta la del traslado de Winston Churchill a la famosa reunión de Yalta con Roosevelt y Stalin. Por sus hazañas, la reina de Inglaterra le otorgó la distinción de miembro de la Orden del Imperio

Británico. En uno de mis viajes a Londres, a mis diecisiete o dieciocho años, habiendo oído hablar de él en la familia, decidí hacerles una visita. Los llamé y me invitaron muy amablemente. Y allí me encontré a los dos viejecitos, en una modesta casa adosada de las afueras de Londres, que me obsequiaron con un té mientras yo les daba conversación en mi pobre catalán de entonces. Yo no sabía de la importancia de Pepa Colomer; hoy la hubiera asediado a preguntas sobre la posición de la mujer en los años treinta, pero la verdad es que las explicaciones de mi madre fueron muy escuetas, seguramente porque se trataba de dos republicanos exiliados, por más que fueran sus primos y él tuviera condición de Sir.

Entre los primos Dexeus de mi madre sobresale Joan Sardà Dexeus (1910-1995), que como era soltero venía muy frecuentemente a comer a casa de mis abuelos en Muntaner o en la Vía Augusta. En una de mis agendas de los años setenta escribí: «Comida con Juan Sardà (kafkiano)», pero la verdad es que era simplemente tímido, muy serio y un brillantísimo economista. En 1932 se licenció en Derecho por la Universidad de Barcelona. Completó su formación en Múnich con Adolf Weber y en la London School of Economics y más tarde fue profesor en las Universidades de Barcelona, Santiago de Compostela, Caracas y en la Complutense de Madrid. Durante la Guerra Civil fue uno de los expertos de la Comisaría de Banca, Borsa i Estalvi de la Generalitat de Catalunya. Al no conseguir la plaza de catedrático en Barcelona, marchó a Venezuela, país a cuyo gobierno asesoró en cuestiones económicas. Está considerado como el impulsor del Plan Nacional de Estabilización Económica de 1959, cuyo objetivo era la estabilización y liberalización de la economía española, lo que supuso una ruptura con la autarquía del franquismo y posibilitó la gran década de auge económico de los años sesenta en España. Además de unificar los múltiples tipos de cambio existentes, se pignoró automáticamente la deuda pública y, sobre todo, se propició la entrada de España en el Fondo Monetario Internacional, la Organización Europea

para la Cooperación Económica (OECE) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Supuso, pues, la modernización de la economía española y la apertura a mercados internacionales. No me extraña, por tanto, que cuando un día de los años ochenta me presentaron en un acto cultural a Miguel Boyer, entonces presidente del Banco Exterior de España, y le contara que era sobrina de Joan Sardà Dexeus, me hiciera un panegírico de mi tío durante varios minutos, al que yo solo tenía por ser el pariente tristón y callado que leía la revista *Destino* en casa de los abuelos Dexeus.

Ahora se está reconociendo más la valía de Joan Sardà. De muy joven estuvo muy interesado en la Revolución rusa, interés que plasmó en sus primeros artículos en el semanario *L'Opinió*, de corte socialista y que en 1931 sería una de las instancias promotoras de Esquerra Republicana. Pero también simpatizaba con el laborismo inglés, pragmático y menos extremista aunque igualmente reivindicativo de los derechos de los trabajadores. También sabía que había ayudado a Tarradellas a establecer la economía de guerra en Cataluña y le había aconsejado para que controlara las industrias colectivizadas. Con la victoria franquista podía haber sido fusilado como tantos otros, pero pasó al bando nacional gracias a la ayuda de la familia Trias de Bes, es decir, la de su tía Montserrat, mi abuela. Pertenecía al círculo de Josep Pla en Palafrugell, junto a Manuel Ortínez, Fabià Estapé, Manuel Ibáñez Escofet o Jordi Nadal. Aquí he de añadir que además de Joan Sardà, mi abuelo Dexeus tenía una auténtica veneración por Pla y muchas veces, en la sobremesa del domingo, se comentaban sus artículos en *Destino*.

La hermana de Joan Sardà, Maria Sardà Dexeus, fue amiga mía, estudió para bibliotecaria pero acabó siendo durante muchísimos años la mano derecha de Mercedes Pániker. Era soltera, pero un día tomando el té me preguntó si yo no tenía novio, y cuando le pregunté que por qué ella se había quedado soltera me sonrió dulcemente y me dijo: «Bueno, a mí me han querido mucho...», y comprendí que había tenido un amante durante muchos años. Vaya, vaya, aún me cayó mejor... Fue

Maria Sardà quien me contó que de joven acudió a escuchar a García Lorca, sin el permiso de sus padres, y que le entusiasmó cómo declamaba sus versos. Todas estas tías Dexeus fueron personas muy cultas, y también muy modernas para su época.

En casa Dexeus las comidas eran muy alegres porque siempre éramos ocho o diez, y nos ponían a mayores y pequeños juntos, mi abuelo en la cabecera de la mesa y la abuela a su lado izquierdo. En ocasiones, el entusiasmo y la gratitud de mi abuelo hacían que, cuando terminaba un plato, dijera: «*Són els canelons més bons que he pres a la meua vida*», y así con las judías, el redondo de ternera o los pasteles, y entonces hacía salir a Rosario, la cocinera, y todos la aplaudíamos. Me impresionaba ver que a mi abuela le pelaban las uvas, una a una y se las traía aparte la camarera. Había muy a menudo invitados y algunos de ellos muy asiduos: el ya citado Joan Sardà Dexeus, el matrimonio Seix y también el famoso doctor Pla Janini. El doctor Pla era alto y robusto, casi diría que simplemente gordo, pero iba impecablemente vestido; en verano, de lino blanco y tocado con un sombrero panamá. De mayor supe que era hermano del muy conocido fotógrafo Joaquim Pla Janini, que destacó en el estilo llamado «pictorialista», alguna de cuyas obras está en la colección del Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC). También venían José María y Santi Trias de Bes, primos segundos míos, pues su padre era diplomático y por sus cargos siempre vivía en el extranjero. A mi abuelo le encantaba ponernos retos del estilo «doy un durito (que eran cinco pesetas) a quien me diga la capital de Hungría» o preguntas un poco más difíciles como «¿cuál es el río francés cuyo nombre es masculino?». Tenía la creencia, y lo decía, de que «todo lo que puede solucionarse con dinero» —siempre que fuera legal, claro está—, «hágase», un dicho que mi madre repetía ante el estupor de mi padre, tan desprendida ella y tan ahorrador él.

Todos adorábamos los dulces variados, que llegaban en grandes bandejas y que distinguíamos entre los «divertidos» y los «aburridos». Los primeros eran los tocinillos de cielo, los

cocos, todo lo de chocolate y los *éclairs*, que supongo llegaron en la década de los setenta. Los segundos eran las palmeras de hojaldre y tal vez los de nata. Se cuenta en la familia que hubo un joven Trias de Bes que, harto de que cuando la bandeja llegaba hasta él siempre le tocaran los aburridos (pues había una estricta jerarquía de mayores a pequeños), puso banderitas en sus preferidos con la palabra «reservado». Quizás yo heredé algo del sentido del humor medio surrealista de los Trias de Bes, porque un día, a mis cuatro años, dije: «Soy un payaso disfrazado de niña y he venido aquí para haceros reír». Como era tan bajita, también me gustaba imitar a Torrebruno cantando «Ciao, ciao bambina».

Los Trias de Bes eran, y son, muy diferentes a los Dexeus. Casi todos bajitos y regordetes, con una simpatía a veces arrolladora y una gran inteligencia. También tienen un gran sentido del humor, una fina ironía, una gran memoria y arranques de mal genio que enseguida se olvidan. Varios han muerto de un ataque al corazón, como mi abuela Montserrat. A muchos les gusta pintar y escribir, y de hecho tengo un lejano pariente pintor que aparece en el famoso diccionario *Ràfols* de artistas catalanes. Fue Frederic Trias i Planas (1822-1880). Hay algunas obras suyas en el MNAC y en el Museo de Gerona. Por lo poco que yo he visto, era un apreciable pintor realista dedicado a los géneros tradicionales: marinas, paisajes, interiores y delicados retratos de niños. Y uno de sus hijos, Joan de Déu Trias i Giró, catedrático de Derecho internacional en la Universidad de Barcelona, se casó con Rosa de Bes Baguer, hija de Maria Baguer Pujals, una señora guapísima nacida en Tossa de Mar en 1843, nuestra antepasada que nos une a esta bella localidad de la Costa Brava. Joan de Déu Trias i Giró era católico, conservador y regionalista, discípulo y sucesor de Durán y Bas en la llamada Escuela Jurídica catalana. Sus hijos, mis tíos abuelos, unirían los dos apellidos, ya que Trias es un apellido muy común en Cataluña.

Es curioso ver las fotos de esta pareja, con unos rasgos completamente diferentes que se perpetuaron en sus hijos: mientras Joan de Déu era delgado, de ojitos pequeños y barba y bigote pulcramente recortados, Rosa de Bes Baguer era llenita y de anchas mejillas, muy parecida a mi abuela Montserrat. Tuvieron cinco hijos. El mayor, Josep Maria (1890-1965), se casó con Teresa Borrás de Cuadras, familia del barón de Cuadras. Fue catedrático de Derecho internacional, militó en la Lliga Regionalista, fue albacea y asesor de Francesc Cambó y miembro del Tribunal de la Haya. Fue el padre de Josep Maria Trias de Bes Borrás (casado con Anna Maria Serra), de Maria Rosa (casada con Julio Añoveros) y de Montserrat (casada con Francisco Tusquets). Julio Añoveros era la persona más educada y discreta de toda la familia. Era primo del famoso monseñor Antonio Añoveros, obispo de Bilbao. Este originó una gran polémica con su homilía de 1974 en la que hablaba del derecho del pueblo vasco a defender su identidad. El Gobierno de Franco quiso desterrarlo, a lo que Añoveros alegó que «quienes impiden la libertad de acción de un obispo son excomulgados». Carlos Arias Navarro decidió entonces decretar un arresto domiciliario.

Otro tío abuelo, Joan de Déu Trias de Bes, también fue abogado y se casó con Pilar Valls i Taberner, hermana del gran historiador Ferran Valls i Taberner. La tía Pilar era muy simpática y tenía un gran carácter, y recuerdo que condujo su coche hasta los ochenta años —algo raro en la época—, lo cual debía de constituir un peligro público porque era muy sorda. Su hermano Lluís fue cardiólogo, artífice de la visita de Alexander Fleming a Barcelona y presidente durante años del Colegio de Médicos de Barcelona; se casó con Carmen Terrés, que falleció en Santander durante la Guerra Civil. De este matrimonio nacieron Lluís, para nosotros «Lluiset», y Carmen, para nosotros «*la petitona*», por su pequeña estatura.

Carmen fue muy amiga mía, a pesar de nuestra diferencia de edad; había escrito crónicas en los años cincuenta en *El Correo Catalán*, y se contaba en la familia que llegó a suscitar

ciertos celos de la gran periodista Josefina Carabias; Carmen era morenita y muy graciosa y Sebastià Gasch, el gran crítico de arte, se enamoró locamente de ella. Yo creo que era un genio desperdiciado, como les sucede a tantas mujeres, porque al hablar con ella de arte demostraba una imaginación y una comprensión desbordantes. Se casó con el norteamericano Mike Da Costa.

La burguesía catalana es un tanto endogámica y conservadora; los de más edad eran casi todos de la Lliga, un partido de derechas nacionalista; entre los más jóvenes supongo que yo debo de ser la más izquierdista, y eso que mi izquierdismo se ha vuelto moderado con los años. También es verdad que hemos dado algún ejemplo de rebeldía femenina y de modernidad y me siento orgullosa de ser Trias de Bes.

Muy distinta es la rama Combalía, austera, trabajadora, seria. El abuelo Emilio Combalía Guasch fundó la empresa Comercial Combalía Sagrera, una compañía de consignatarios de buques y agentes de aduanas. Estaba radicada en un edificio neogótico en la Vía Layetana 15-17, que aún sigue en pie y al cual solo fui una vez en mi vida. Recuerdo haber preguntado a mi padre: «Papá, ¿tú en qué trabajas?», porque en el colegio nos hacían dibujar a nuestro padre trabajando. Entonces empezó una larga explicación sobre las mercancías que llegaban al puerto de Barcelona, que eran descargadas y transportadas hasta su destino y también me explicó que existían fronteras entre países y se tenían que pagar ciertas cantidades para importarlas, etcétera, etcétera. Total, que yo representé a mi padre descargando sacos de café en el puerto, tan contenta por haberlo entendido perfectamente.

Tengo muy pocos recuerdos del abuelo Combalía, que era enjuto de rasgos y siempre llevaba unos trajes perfectamente bien cortados, al igual que mi padre. Su mal carácter era proverbial, y aún más su autoritarismo, que acabó afectando a nuestra familia, como explicaré más adelante. Todo

separaba a los Dexeus de los Combalía, y una anécdota lo ejemplifica muy bien: si llegaba una caja de bombones a casa Dexeus, se dejaba allí encima y duraba máximo dos días; si llegaba a casa Combalía, se pasaba entre los asistentes, se guardaba en la cómoda, que nadie tocaba salvo los padres, y la caja duraba un mes o más. A la abuelita Combalía (Francisca Vallvé Calafell) la llamábamos «*mara*» y yo no entendí hasta muy mayor que aquel nombre no era otro que «*mare*», madre en catalán. Porque a pesar de ser catalanísimos, y de que entre ellos hablaban en catalán, a nosotras nos hablaban en castellano, como sucedía igualmente en la rama Dexeus. Este es un fenómeno que se daba en el seno de la burguesía catalana de posguerra. Muchos padres hablaban catalán entre ellos, pero en castellano a los hijos. La educación era toda en castellano, por imperativo del régimen franquista, y los padres solían decir a sus hijos que les hablaban en castellano «para no tener acento catalán» en el futuro, como me decían a mí.

La *mara* quedó viuda bastante joven y vivió hasta más de los noventa años, estoy segura de que fue así por estar ya liberada del yugo de su marido. Controlaba a la cocinera con mano férrea —ella cocinaba muy bien y era muy exigente con el servicio—, pero, salvo este detalle, creo que nunca la vi quejarse ni de mal humor, aunque tampoco reírse ni comentar nada de interés. Por las tardes escuchaba la novela en la radio, sentada en un sillón frente a una mesa camilla que daba a un patio de manzana típico del Eixample, ya que vivían en la Rambla Catalunya 127. Cuando le hacíamos una visita, unas veces nos veía con faldas cortas y otras con maxifalda, como se llevaban en los años setenta, y nunca parecía asombrarse, sino que decía: «Ah, ¿ahora se lleva así?», y en cierta ocasión añadió que cuando ella era joven los chicos solo querían ver los tobillos de las jovencitas cuando estas subían al tranvía, ya que aquello era de lo más provocador. La casa, como muchas del Eixample, constaba de un largo pasillo que terminaba en el comedor y la galería, y en el otro extremo estaba la sala principal que daba a la Rambla Catalunya. Sin

embargo, jamás íbamos a este salón principal en el que había una piel de tigre con su cabeza disecada y unos muebles perennemente cubiertos por fundas blancas.

La *mare* tenía que vestirse por obligación en Santa Eulalia (una de las mejores tiendas de Barcelona, si no la mejor), pero siempre tenía que escoger la ropa con su marido: una ropa clásica, de tejidos excelentes que le daban un aspecto muy poco juvenil aunque dignísimo. Mi madre, que con respecto a los Combalía era mucho más moderna, a veces tenía pequeños brotes reivindicativos femeninos: «Es que la pobre *mará*», decía, «ino puede ni ir a comprarse unas medias sola!».

En la familia Combalía no había abogados ni médicos, pero José Combalía, hermano de mi abuelo Emilio, fundó en 1923 la segunda empresa que fabricaba tapas corona en España, las que se utilizan para cerrar las botellas de vidrio de refrescos y que se abren con abridor. La empresa fue un éxito y sigue muy próspera.